

pisotean ó barren hacia las afueras, lejos, donde no inspiren ascos, ni manchen, ni contagien... ¿Cómo pintar todo esto? ¿En qué tienda venden la paleta y los pinceles que realicen milagro tamaño?...

Continuaba Salvador su interrumpido regreso, y no sólo maldecía de que no fuese él el pintor capaz de perpetuar en el lienzo las pulsaciones, congojas y risas de una ciudad ¡su fisonomía moral!, sino maldiciendo más todavía de la incuria nacional, del universal encogimiento de hombros de las clases acomodadas y las clases *dirigentes*, que no se preocupaban mayor ni menormente en buscar un remedio con que aliviar por lo pronto y sanar más adelante á nuestro pueblo enfermo, al que ellas son las primeras en haber desahuciado sin piedad, menos por impotencia que por egoísmo. ¡Menudo cisco el que le armarian al que de apóstol se las diese en esta materia!... Salvador sabía lo, lo veía y lo oía á diario en todos los círculos, entre todos los sexos, en todas las condiciones y todas las gentes. Para unos, hablar del trascendental y urgentísimo asunto, era simple y puramente anticuado ó cursi; lo recibían con risas, con frases de compasivo desprecio: «¡Hombre, no nos dé Ud. la lata con sus agorerías trasnochadas, so sociólogo!...» Para otros, la sola enunciación del mal, á oposición al Gobierno, equivalía ¡un crimen imperdonable de lesa majestad!, á mal digeridos enconos porque en el reparto de empleos y mercedes el censor habíase quedado sin hueso que roer: «Que me lo nombren aunque sea escribiente, y ya verán Uds. cómo al recibo de los primeros sueldos no ve tan negra la cosa ¡es un despechado!...» Los ricos, asombrábanse, entreveían una contribución, una sangría á los caudales heredados de siglos atrás, ó improvisados ¡Dios sabe cómo! en horas de ayer, y se encabritaban, negaban el hecho: «Eso no es posible, ó lo han enga-

ñado á Ud., ó Ud. exagera... Si viese Ud. mis libros se sorprendería de las limosnas que reparto á los que realmente de ellas han menester...» Las señoras, de oír los horripilantes relatos, tapábanse las narices y lanzaban pequeños gritos nerviosos, negando también: «Los pobres hallábanse bajo su égida y amparo, sin carecer de nada, en el asilo H y la casa X, que ellas, con sus Cofradías y Asociaciones de damas benéficas, venían sosteniendo...» Los políticos y personajes de suposición, si de verdad llegaban á interesarse por el tal negocio que «en lo mínimo entorpecía la segura marcha de la administración», á lo sumo si prometían pedir informe á las secciones de sus ministerios, aquéllos, y éstos, interesarse cuando fuera oportuno y con quienes debía de intentarse la cosa, en pro de la reforma requerida. Los sabios oficiales, y aun los sueltos, á la broma echaban el problema, saltaban con respuestas friyolas ó con teorías leídas mal y aprendidas peor, que diz que aconsejan una pacífica conformidad con todos los aniquilamientos: «Venga Ud. acá, amigo mío, y por sí mismo respóndame: siendo cual somos el desecho de dos razas que hasta en sus principios poco valieron á causa de su inferioridad manifiesta ¿qué quiere Ud. que le hagamos? Gracias que medianamente vayamos pasándola, en tanto razas superiores nos destruyen ó vienen á ocupar el puesto que estamos usurpándoles con detrimento del progreso humano... Nada haremos nunca, por débiles, porque la Vida (*con mayúscula, aun en la entonación*)—ya no es esto un secreto para nadie,—la vida pertenece á los fuertes. Deje Ud. que nos acabemos, y en cuanto á extirpación de vicios ingénitos y mejoramiento de nuestra masa ¡peor es meneallo! ¿Qué va á entender nuestra gente, ni menos á practicar, cuando en sí reúne y amalgama los vicios y defectos indios, con los defectos y vicios hispanos? ¿Econo-

mía, sobriedad, moral, cerebro y músculos?... ¡Música celestial y prédica en el desierto!... ¡¡Créame Ud. á mí que tengo estudiado el punto!!»

Salvador temblaba de ira con el recuerdo de éstos ó parecidos discursos, con palpar tanta maldad ó ignorancia tanta, con ver lo que á ello se sucedía: la marcha apresurada y doliente hacia un suicidio nacional.

Al destemplado són de los bombos de una prensa que en su mayoría tan lejos se hallaba del decoro como de la independencia; al destemplado són de los discursos de congresos escolares, políticos y de ciencias; al de sanedrinnes ignaros y presuntuosos; al ocioso discutir á gritos en cervecerías y cantinas en que los intelectuales se asociaban, él, Salvador, inclusive, por falta de otro lugar y por falta de otra educación, y en las que se arreglaban México y el universo-mundo; al tintinear de las copas en los banquetes de obligados brindis y ditirambos, que pronunciaban impudicamente los ahitos, los *arribistas* y los protegidos, únicamente escuchábanse estrofas y cantos al progreso del país; «á este país, según todos ellos, idéntico á las naves fabulosas que, alta la prora y al viento desplegados sus poderosos velámenes de energías inmaculadas, surcan los mares de los siglos sin una avería en su casco ni una nube en los cielos; bienvenidas en los puertos en que por ley universal tienen que hacer momentáneas escalas para descansar y aprender más de lo que saben, en tanto perdura su incontrastable travesía rumbo á la región inaccesible é ideal que columbraron ya los gavieros expertos, y á la que habrán de arribar cual á definitivo y bien ganado anclaje, gracias á las manos que las guían y conducen, no sin dejar tras sí—para admiración y ejemplo de los pueblos que las contemplan envidiosos desde los bordos titubeantes de sus barcas desmanteladas—una

ancha estela de luz que los soles transmutan en argentada y espumosa promesa de ventura, para los que las imiten, y que las lunas y los astros truecan en bullente reguero de gemas, en aureas fosfoiencias que no tienen fin... oh naves fabulosas que salvan, si las signen en sus derroteros, á las embarcaciones que zozobran y á las razas que sucumben...»

Toda esta palabrería, Salvador sabíasela de coro, lo mismo que los muchachos saben, sin una falta, las lecciones que á diario escuchan, y recitan en voz bien alta, dentro de sus escuelas. De ahí precisamente naciase la ira de que el progreso realizado se abultara tan fuera de medida, y más principalmente, de que á la sombra de ese progreso innegable en algunas cosas ¡pero no en todas, Señor, no en todas!, se descuidara la condición del pueblo, que es la verdadera alma nacional...

Carraspeaba Salvador al llegar á lo de «alma», como si la palabra y su corriente significado se le atragantasen...

¿Por qué nadie afrontaba el problema? ¿por qué los que debieran hacerlo por sagrada obligación de oficio ó empleo, nada intentaban sin embargo? ¿por qué los oradores sólo entonaban alabanzas y *Kiries* á los de arriba? ¿por qué las buenas voluntades no se coligaban contra los defectos? ¿por qué las plumas empleábanse únicamente en incenazar á poderosos y gobiernos? ¿por qué mentir? ¿por qué ocultar nuestra lepra, si todos ¡absolutamente todos! conocían el mal y conocían las crónicas dolencias con remedio todavía?... Nada más el eco de sus propias pisadas contestaba á Salvador durante estos regresos de los barrios miserables donde la enfermedad mejor se descubría, y él desesperaba de que nunca se le aplicase cura y afirmábase en que su proyectado cuadro no era viable, ni caso que lo fuera, serviría á tal propósito. La pintura, la escultura y

F. GAMBOA

la música no se prestan á servir de elixires. Lo que alivia y sana, igual los padecimientos de los individuos que los padecimientos de los pueblos, igual los de los cuerpos que los de los espíritus es ¡el libro!, el libro que es alado y poco cuesta; que penetra en las inteligencias, si no hoy, mañana, más tarde, alguna vez; que naciendo de mano hábil puede contener la línea, el color, la armonía; que es más fuerte que todas las armas, que todos los gobiernos, que todas las persecuciones y que todas las hogueras; que escapa á las censuras y á los cataclismos; que sobrevive á las generaciones que lo vieron nacer; que se ríe del espacio, de la distancia y del tiempo; ¡que encierra la Idea! ¡Oh, libro santo, bendecido, invencible!

Y muy en serio pensaba Salvador trocar por la pluma sus pinceles, pareciéndose en esto á la mayoría de los músicos, pintores ó escultores que llegados ó no al renombre, danse á escribir siquiera sean *recuerdos*, *memorias*—cuando no algo de más enjundia,—atraídos y deslumbrados por la pluma que canta y llora, esculpe y pinta en las páginas impresas de los libros inmortales.

En tanto, tornaba á su casa, recogida y muda; saludaba al gendarme, su conocido; volvía el rostro rumbo á la estación, al resoplar de las locomotoras encendidas é infatigables, y á un rodar que otro de furgones que enganchaban para los convoyes del día siguiente. Con esmero grandísimo, á fin de no despertar á nadie, abría su zaguán y de puntillas entrábase hasta su cama, en la que pronto se dormía por el cansancio de las caminatas y por lo avanzado de la hora, arrullado con las tenues y tranquilas respiraciones de sus hijas.

Evangelina y Magdalena, que á los principios no se resignaban con que Salvador dejáralas solas en su cena, á

RECONQUISTA

las volandas despachada, hablándose poco y riendo menos, para huir de esos dos asientos vacíos, el de Emilia y el de Salvador, que las fascinaban y sumían en reconcentradas tristezas de personas mayores, fueron habituándose á esa soledad y extrayendo, para combatirla, de sus interiores de mujeres próximas, las defensas con que cada cual contaba conforme á su temperamento propio.

A mística tiraba Magdalena, decididamente. En cuanto aprendió á leer, que fué bien pronto—había salido mucho más inteligente que su hermana menor,—dióse á la compra de novenas y triduos que compungidamente barbotaba de rodillas junto á su cama colgada de medallas, rosarios é imágenes. La criada, la vieja Refugio, fomentaba y aplaudía tales inclinaciones, en las que volvía á ver, resucitada, á su ama muerta; por lo que al servirles la cena á las dos, separadas por el ancho de la mesa, todas sus preferencias reservábalas para esa niña que, le confiaba á la cocinera en su ir y venir por platos y guisos, pararía en santa. Luego de concluído el servicio, mientras reposaban las chiquillas, inaugurábanse unas sesiones sobre religión trascendente, sobre culto, sobre el más allá, en las que se disentían tópicos tamaños, por Magdalena en primer lugar, por Refugio, que á las veces se sentaba á la cabecera de la mesa, donde Emilia se sentó tantos años, y por la cocinera, siempre parapetada entre el aparador y un rincón. En ocasiones contadas ¡rarísimas!, terciaba Evangelina, cuando el relato, por lo espeluznante é inverosímil, heríale demasiado la imaginación; toda trémula, iba aproximase y aproximase hasta el regazo de Refugio, en el que, asustada, se acurrucaba, durmiéndose á lo mejor con macizo sueño indiferente.

Porque Evangelina en nada asemejábase á Magdalena; Evangelina era criatura á las derechas, sin preocuparse de

F. GAMBOA

santos ni rezos, los que concretaba á lo normal en sus años: el santo Angel de su guarda—á quien suponía un granuja travieso y rubio, con alas,—y al «Dios mío, conserva á mi papá bueno y sano, y á mí también...» que noche á noche venía murmurando de años atrás, aprisionada en el camión y enclavijadas sus manecitas, ya medio dormida. De ahí en fuera, gustaba de correr y saltar; de averiguar el puñado de cosas que no entendía, mal grado sus esfuerzos y fijeza; de perseguir moscas y mutilarlas; de jugar á «la comidita» y á «la mamá», á la mamá principalmente, mamá de fenómenos y de contrahechos vástagos: muñecas decapitadas, sin ojos, mancas y cojas, ó almohadas vestidas, trapos anudados, de mil colores, á los que trataba con mucho mimo y ternura, y á los que desnudaba y vestía una barbaridad de veces. Siempre tenía enfermos á tres ó cuatro, que le causaban fingidas pesadumbres.

Cuando Salvador discurrió este andante peregrinar nocturno por la ciudad y sus extremos, desquitábase de su ausencia de las cenas familiares conversando con las niñas desde que despertaban y á las horas del desayuno en que el comedorcito, que miraba al Oriente, llenábase del sol que le penetraba en amplia faja oblicua é iba á hacerse añicos en la loza y el cristal, en el barniz de los muebles, en la lámpara de pesas pendiente del techo. Una hora alegrísima; los pájaros, desgañitándose en sus jaulas; la criada, regando las macetas del corredor y los arriates del diminuto jardinillo del patio que despedían exquisito perfume de tierra mojada. Afuera, en la calle, gritos de vendedores, rumor de carros y bestias; en la cercana estación, su tremendo ruido complejo; en los templos próximos, las esquilas llamando á misa, tercamente, y en la mesa de la casa, el montículo de bizcochos al centro, en cada sitio

RECONQUISTA

los chocolates bien olientes, humeando la esponjada espuma; las servilletas enrolladas, dentro de sus anillos respectivos, y los vasos colmados de un agua tan cristalina y fresca que á no ser por el disco interior que marcaba el nivel del líquido, creeríaseles vacíos. Mutua y estrecha cuenta se pedían Salvador y sus hijas de lo que habían dicho, hecho y pensado la víspera, durante la separación. Contábales Salvador, punto por punto y acomodando su discurso á las entendederas de las niñas—que con más gusto que el chocolate bebían las palabras paternas,—sus vagares de la noche, lanzándose de vez en cuando á regiones elevadísimas, á causa del entusiasmo que le despertaba su gran cuadro por nacer, cuyo significado ni Magdalena ni Evangelina alcanzaban á vislumbrar, no obstante que, graves, con sus cinco sentidos, seguían el vuelo de frases y esperanzas. Concluía Salvador por levantarse del asiento y acariciarlas, y se llegaba á la puerta, hablando siempre, y sus esperanzas y sus frases, al salir del estrecho comedorcito, como que volaban más á sus anchas, sin tropezar con el techo, con los muros, con los muebles; sin tropezar con la infantil ininteligencia de las dos mujercitas que tornaban á sus desayunos, muy serias, cual todos los niños se ponen cuando no entienden y desean simular lo contrario... ¿qué sería eso de la leyenda de la piedra y del alma nacional, con las que su papá tanto se excitaba?...

Salvador sofrenaba el potro, sin transición, y terminaba contándoles hasta dónde había ido; en qué parque oyó la media noche; en qué plazuela se fumó dos cigarrillos, uno tras otro; en qué calle observó un interesantísimo detalle nuevo, y en qué mal encarado callejón había descubierto un pormenor viejo, más interesante todavía...

—Y Uds. ¿qué se hicieron, á ver? ¿á qué hora se

F. GAMBOA

acostaron y á qué hora se durmieron? ¿me extrañaron mucho?...

A dúo le puntualizaban ellas las naderías con que habían matado el breve plazo mediado entre el final de su cena de huérfanas y los comienzos de su sueño de ángeles.

El hábito de estas separaciones durante la noche, igual á lo que no se ataja ni combate, fué aumenta y aumenta como las aguas que libres corren por los bajíos con ignorada fuente y rumbo ignorado, cuyo surco es más hondo á cada día y su correr más violento. Fueron más tempranas las salidas de la casa—so pretexto de aprovechar la instantaneidad de nuestros tramontos y crepúsculos,—fueron los regresos mucho más tardíos, por el fatal renacimiento de la antigua costumbre de trasnochar, que, sin duda Emilia no supo ó no pudo desarraigar del todo, por lo que ahora, los gérmenes entumecidos volvían vigorosísimos á adherirse á la viudez del artista. Surgió un casual encuentro con amigo noctívago, al doblar una esquina, y el cogerse del brazo, y el andar juntos unas cuantas calles, hablando de arte y del cuadro:

—Acompáñame un momento, anda, que tú al fin te acuestas tarde, y verás un México que ni conoces ni sospechas.

Y el asunto del cuadro, en secreto hasta aquella fecha, empezó á evaporarse y discutirse por los del oficio, y por los literatos, escultores y músicos que no disponiendo de más adecuado sitio, reuníanse en las tabernas céntricas, á las que Salvador hubo de tornar sin repugnancias, muy convencido de que no mediaba ningún peligro, antes un esparcimiento para su ánimo—que bien lo requería—y una libertad inofensiva para su cuerpo y sus genialidades, que también haciale falta grandísima.

RECONQUISTA

Con cena á escote y cerveza alemana jugada á los dados, celebróse la vuelta del entristecido compañero á la tentona cervecería en que el mayor grupo de los intelectuales militantes tenía sentados sus reales de meses atrás; su vuelta á la sala tercera—la anterior á los billares,—con su canapé de cuero, semicircular, y su mesa cuadrada y fija, á la que podían añadirse otras dos las veces en que el grupo se multiplicaba. El principal tema de la charla ruidosa fué, naturalmente, el asunto del cuadro de Salvador, dividiéndose desde luego los contertulios en dos partidos principales, sin contar con los «independientes» por convicción ó que por afán de singularizarse opinaban de modo diverso á todos los demás. Un bando, se declaró enemigo del asunto, imposible la factura, por dificultades técnicas, mientras el otro, el grupo contrario, extasiábase ante la idea, prestábale un extraordinario alcance: la obra sería no únicamente simbolista—que ya lo era, en demasía,—sino asimismo de redención y aun propaganda, conforme el grabado y la fototipia la popularizaran. Empeñada la justa, saltó un orador: «¿A qué discutir por un proyecto que en proyecto podía quedarse para siempre, como tantas estatuas y óperas, tantos libros y cuadros ¡los mejores quizá! que nunca llegaron á nacer, que murieron con los cerebros de sus autores, escapando, si acaso, á la exterminadora tarea de la muerte, con su transmutación en flores de cementerio, las que, á la vez, doblan sus tallos, desprendense sus pétalos y expiran encima de los sepuleros y de las lápidas, aunque su perfume ascienda y se dilate ¡inmortal!... como si los cráneos que las engendraron, antes de reducirse á polvo, así incensaran el Ideal y la Belleza después de librada la postrimer batalla de la campaña que han venido librando desde que al arte se consagraron: sobre la tierra, con las muchedumbres de

F. GAMBOA

vermes ignorantes y ciegos; debajo de la tierra, con los gusanos de las tumbas, ciegos é ignorantes?...»

Se aplaudió al orador y se llamó al camarero:

—¡Cervezas «grandes», para todos!

Las horas corrían tan de prisa como las espumas de la cerveza vertida que se apagaban y convertían en hilos blondos, sobre los mármoles de las mesas.

Salvador se sentía bien ahí, en su viejo rincón de expansiones, rodeado de los «suyos», á los que gozoso volvía. Y habló, habló lentamente mirando á los unos y á los otros.

Ya sabía él que la sinceridad y la rectitud no eran lo que más abundaba entre ellos; que esas amistades, en su mayoría, habíanse roto muchas ocasiones y otras tantas habían vuelto á pegar sus esparcidos pedazos, con objeto de que la deleznable y delicadísima copa—cual las fabricadas con el quebradizo y tenue cristal de Bohemia,—la copa en que juntos hemos apurado los juveniles ensueños, las victorias mutiladas de los años adultos, las heces de los desengaños recíprocos, de las mentiras piadosas y de las verdades implacables, esa copa nos sirva todavía para festejar las reconciliaciones temporales y los acercamientos fugaces; aunque sepamos que está pegada y rota, aunque sepamos que ha de romperse de nuevo y ha de derramar por los suelos el preciadísimo líquido indispensable para que continuemos viviendo; pues las amistades, al igual de los amores, no pueden ¡por culpa nuestra! vivir lo que anhelamos que vivieran, lo que siquiera vivimos los hombres—los eternos niños crueles,—que homicidamente les abrimos las entrañas para asomarnos á ver cómo latían por nosotros las amistades sinceras y los corazones enamorados... ¡Ah! las uniones eternas, las amistades inacabables, los amores infinitos ¿dónde se encuentran?... La existencia no es sino una serie de renunciamentos, ausen-

RECONQUISTA

cias, lejanías; nosotros rompemos lo que no rompe el tiempo... ¡Todo se nos va, todos nos vamos!... ¡nuestros padres y nuestros hijos, la esposa y la querida, el anhelo y la esperanza, las juventudes y las vidas!... La existencia es el éxodo perenne, es el adiós continuo.

Y se pidió más cerveza, y se aplaudió á Salvador porque había dicho aquel puñado de verdades tristes.

Exaltados los ánimos y desbocadas las imaginaciones, pusieron de acuerdo ¡casi á la una de la mañana! para concertar el programa de la noche.

—¿Adónde vamos?...

¿Adónde habían de ir?... adonde paran casi todos los soñadores y todos los que se cansan, por algunos instantes, de mirar hacia arriba; adonde caen los navegantes de los aires, los nautas de las alturas: en los lodos y fangos; iban adonde las mujeres que no pudieron ser buenas, se alquilan y envilecen seguras de que el macho ha de ir en su busca empujado por los alcoholes y las lascivias, atraído por los sudores almizclados de estas desdichadas lupas humanas que por las noches aullan en las apartadas casas que se arden en los barrios galantes de los grandes pudrideros sociales. ¡Allá iban!

Salvador, desde un principio, rehusó á acompañarlos; sus hijas lo aguardaban, y si despertaban y no lo veían á aquellas horas, alarmadas, no dormirían en espera medrosa é intranquila del padre libertino. Por otra parte—esto no se lo confesó Salvador á ellos,—la pobre Emilia, desde allá, desde el camposanto, le estorbaba el andar, mirábalo cual si viviera aún y tratase de evitarle un paso en falso, sin iracundia ni celos, dulcemente, con súplica muda y tiernísima...

—¡Lo que es yo, no voy!—declaró el pintor, plantándose en la esquina.

F. GAMBOA

Y con energías extrañas, pero resueltamente, aguantó burlas, replicó á argumentos, repelió los brazos que por la cintura se le enroscaban y á tirones forzábanlo á caminar algunos pasos. Finalmente detuvo una «calandria» desvencijada, cuyo automedonte ofrecíasele tendido el látigo, sin interrumpir el tardo ambular de los pencos:

—Aquí estaba yo, jefecito...

¡Con qué íntimo orgullo Salvador llegó á su casa y se metió en la cama, luego de asomarse á las de Evangelina y Magdalena, á quienes hacía una doble ofrenda, con su amante mirarlas, de aquella victoria, gracias á ellas alcanzada sobre la tentación y su temperamento! ¡No, no debía ir á tales sitios, ni por completo y tan pronto desentenderse del nido semidesierto, no debía!... Y aunque conforme al hábito inveterado se puso á leer, vuelto ya al sentido de lo real después de la sacudida, vuelto á sus ideas y proyectos, á su cuadro por nacer—cuya gestación progresiva creía haber truncado con el ocioso discutir de esa noche en que no aportó por callejas ni plazas,—tuvo que cerrar el libro antes de que el sueño se lo pidiera, porque no entendía la lectura. Entre renglón y renglón, página tras página, cual si á fuego hubiéransele grabado en la retina, sólo atinaba á deletrear los imborrables caracteres del pensamiento que durante la refriega lanzara Obaldía—el novelador psicólogo,—afirmandoles que en autor francés tenía leído; un pensamiento de piedra, que por lo representativo, apuraba el discutido tópico de simbolizar en obra de arte, plásticamente, al esclavo, á los de abajo, al pueblo:

—Cualquiera puede contemplarlo—había dicho Obaldía—en el Museo del Louvre; está hablando en los bajo-relieves de Nínive: centenares de bestias humanas que arrastran, al compás del azote, los monstruosos bloques de

RECONQUISTA

granito, los alados toros gigantesos. Y les juro á ustedes que la cosa no ha variado de entonces acá, que el esclavo no ha muerto, antes «ha crecido y se ha multiplicado»... ¿Testigos? Nuestro pueblo y otros muchísimos pueblos, cercanos ó remotos, cuyos ayes oímos y nos aterran, ó que no escucharemos ni sabremos nunca, por la distancia. Pon eso en tu cuadro (*por Salvador*) á guisa de marco que aprisione y circunde esta vieja ciudad pecadora que tanto queremos, y das en el clavo; de otro modo, nos regalarás con un «bunuelo» que te costará la mar de trabajo y que te producirá la mar de disgustos.

Salvador, durmiéndose, veía el bajo-relieve centenario, infamando para siempre á los que no aman al pueblo; veía al pueblo, azotado y jadeante desde entonces, jamás subir á la cima, jamás concluir la calle inconmensurable del Dolor y de la Miseria; veíalo sudar del rostro, sangrar del cuerpo—atlético en los comienzos, raquíptico y degenerado hoy!—oía la fatiga inmensa de los tóraces, robustos y vellosos; las maldiciones de las bocas, contraídas y secas; adivinaba el odio, acumulándose y transmitiéndose de padres á hijos por milenios, por siglos, por minutos; adivinaba la abrasadora sed de justicia de los millones y millones de esclavos blancos, de esclavos negros, de esclavos de todos los colores... Y se quedó dormido, y soñó que al fin pintaba su cuadro...

Lo que á los pocos días pintó—de seguir frecuentando el cenáculo de la cervecería—fué su propio descenso espiritual. Decididamente no podía con su viudez; con el ancho lecho conyugal helado y vacío, en el que sólo un recuerdo besaba y abrazaba, la carne inasible y desaparecida de la compañera que hubiese acabado por regenerarlo. En tales y cuales momentos, su casa expulsábalo, lo echaba á la calle—como esas madres de crecida prole y

ningunos recursos que lanzan á sus hijos á mitad del arroyo, á pesar de los riesgos innúmeros de éste, para poder atender ellas á sus faenas y trajines domésticos que las abruman en todos los instantes. Y así como el arroyo, generalmente devuelve granujas y chiquillas viciosas, ó muchachos lastimados, heridos, medio muertos por accidentes, malos ejemplos y peores compañías, así Salvador, que primero salió á ver cómo entre sí continuaban jugando sus antiguos compañeros, en cuanto se apartó del umbral y se mezcló con ellos, tornó á gustar el placer aere de ensuciarse con las inmundicias y con el barro. Agregue usted su temperamento, su salud campesina, su adulez y la falta corporal de Emilia—pudriéndose en su fosa,—y se podrá imaginar por qué, en un periquete, se fué el artista peñas abajo en buen amor y compañía con los del cenáculo, y entre las redes de ésta y de aquélla mujerzuela que por oficio fingíanle querer, pero sobre las que él se abatía hambriento de carne palpitante y viva que de la dieta de su viudedad lo resarciere.

La primer mañana que á su casa regresó cuando ya las niñas aprestábanse al desayuno, experimentó remordimiento mayor del que solía, en idénticas circunstancias, al tropezar con Emilia, que lo saludaba igual que de ordinario, sin quejarse de su inquietud ni del trasnoche, aunque por dentro ¡Dios sabe lo que sentiría! Pero con las niñas, que chorreando agua arrancáronse del lavabo por darle los buenos días y que á una preguntáronle por qué llegaba á esas horas y en dónde había dormido, se reconoció mucho más culpable; balbuciente y torpe inventó excusas, amigos enfermos, y para sus adentros propúsose no recomenzar, aquietar calladamente y muy de tarde en tarde los apetitos exigentes de su naturaleza, y no romper ¡él mismo! los pudores de sus hijas que venían creciendo y

abriendo sus ojazos curiosos á todas las cosas nuevas que las sorprendían.

Mas la enmienda duró poco, unas dos ó tres noches en que resurgieron las cenas familiares, bajo la lámpara, del techo suspendida y alumbrándolos amorosamente; al suave calor del comerdocito, con sus vidrieras cerradas por los fríos del invierno que se aproximaba á modo de nabab levantino: arrojando por delante de sus pasos, á puñados incontables, brillantes, rubíes, un reguero de astros que alfombraban su sideral camino en las meditabundas noches estrelladas.

También duró poco la enmienda de Salvador, porque pronto halló excusas y atenuantes para su comportamiento. A nadie ofendía con echar al aire una cana ó veinte. ¿No era viudo? ¿Acaso tenía hecho voto de castidad? ¿De nuevo había de casarse, llevando madrastra á sus hijas, sólo por satisfacer él los espolazos de sus apetitos?... La muerte, que le arrancara á Emilia y á él mancárale con el fúnebre raptó más de la mitad de sí propio, irremediable era, desgraciadamente irremediable, pero no inferíase de ella que el viudo se sujetara á anormales continencias por guardar una fidelidad que no observó ni recién casado, ni aun después... Luego ¿fidelidad á quién? ¿á un recuerdo?... Pues se la guardaba, y de sobra, con tanto pensar en Emilia, con tanto asociarla, mentalmente, á proyectos, planes y días futuros. Lo que es en su pensamiento, la unión de ambos no se había deshecho ni llevaba trazas de deshacerse ¡al contrario!, la ausencia eterna y la infinita distancia habían operado el prodigio de acercarle á la esposa muerta, más de lo que el matrimonio civil y el matrimonio canónico se la acercaron viva... En consecuencia, ninguno podía reprocharle nada, y menos deteniéndose á considerar que la muerte es el punto final, el abismo que

para siempre distancia lo que unido vivió en comunión íntima de amor é ideas. Que no le salieran á él con que si el alma, y el más allá, y la resurrección de la carne el Día Ultimo, pues, por dicha, esas y otras músicas obligábanlo á alzarse de hombros, compasivamente, por los que en ellas creían...

¿Sus hijas?... A sus hijas tampoco faltábales, ni en lo negro de una uña; con cubrir apariencias y no rasgar pudores—¡que no los rasgaria jamás!—quedaba el problema resuelto.

Aunque algo muy débil y recóndito trataba de oponerse, de censurar la resolución peregrina, Salvador hizo como que no lo advertía, y volvió á su vivir de antaño, el que todos sus compañeros vivían contentísimos, por lo que con aplauso y aprobación lo recibieron nuevamente en su seno.

Y como en lugar de seguir buscando para su cuadro el alma de la ciudad de reyes y emperadores, de historias y leyendas, detúvose en los lunares de su cuerpo rugoso de años, crímenes y vicios, el alma de la ciudad empezó á huirle, entristecida de que nadie ¡ni los artistas!, la comprendan é immortalicen...

Y el cuadro abandonado, el cuadro de redención y de símbolo, simulaba dentro del estudio silencioso y obscuro, con su tela blanca, un pobre ciego que, acongojado, pugnara por ver la luz.

IV

—No, si no es que se me haya acabado el cariño, al contrario... es que sin que me pidas á mi padre, yo no quiero que sigan nuestras relaciones...

—Pues hazte cuenta que ya estoy hablándole, no digo al señor tu papá, al mismísimo Santo Padre... Sólo repíteme, pero bajo juramento, que nunca has tenido novio...

—¡Nunca!

—¿A pesar de tu cara y tus hechuras?...

—A pesar de ellas...

—¡A jurar tocan! ¡Júramelo!

—¿Que qué?... ¿Jurar por eso?... ¡Dios me favorezca!—

Y entre enseriada y risueña, la interlocutora de Salvador Arteaga, la chica guapísima con quien había tropezado en el tranvía la mañana de su cátedra inaugural en la Academia—hacía unos ocho meses,—separóse de él, á la esquina de su casa, que era hasta donde consentiale que la acompañara.

—¿Nos veremos mañana, Carolina?—le preguntó Salvador sin soltarle la mano, que la otra trataba de retirar de ese principio de caricia.

—¿Y cómo no hemos de vernos si tú me sales al paso en cuanto yo salgo de la fotografía?—le repuso Carolina libertando al fin su mano prisionera. Pero no esperes que sigamos así, Salvador, ni que permita más que te vengas conmigo ¡eso no!... Si es cierto que tanto me quieres—que yo no lo creo ¡conste!—no me busques, ni